

3 de agosto de 1974

Marta, vida mía:

Me ha llenado de dicha tu carta urgente, recibida el día primero de agosto. ¡Qué maravilla el sólo ver los rasgos de tu letra! Y el color negro de tu tinta. En la soledad que hoy tengo, una carta como esa es una verdadera compañía.

Hoy, sábado, es uno de esos días de verano, en Murcia, absolutamente silenciosos, tranquilos, solitarios, vacíos de gentes. Es el primer sábado en que cierra el comercio durante todo el día, mañana y tarde. Yo estoy ahora mismo en Mi Bar, pues es el tercer día que salgo. He venido muy despacio desde mi casa, me he sentado, he pedido un whisky (según recomendación médica) y he comenzado a escribirte. Después de estar aquí como una hora, iré a casa en taxi. (Siento necesidad de fumar conforme escribo, debido a la costumbre que tenía, de hacer pausas y fumar, cuando escribía).

El día uno de agosto fue mi primera salida a la calle. Hico como hoy; me acompañó López Martí, que me entregó tus cartas. ¡Qué alegría sentí al leerlas!

Hay en tus cartas tal lozanía, pureza y juventud, que, cuando las leo, olvido todo cuanto me ha sucedido y me sucede.

No puedes imaginarte la sensación que experimenté cuando pisé la calle, el día uno de agosto, a las cuatro de la tarde. La vida me parecía encantadora, bellamente ingenua, y la Tierra toda, llena de cromatismos y vicitudes. Andar desde mi casa a Mi Bar, fue, para mí, solemnísimos.

La Alta me ha escrito varias cartas desde Calpe; yo le he escrito una. Ella me ha contestado inmediatamente, pero me ha dicho que ya no le escriba más (aunque ella seguirá haciéndolo), porque el día cuatro de agosto llega su “entorno”, o sea, Puncio Gunzio.

No me olvides un instante siquiera. Como ordenas, esperaré tu llamada los días ocho o nueve de agosto, de cuatro a cuatro y media de la tarde. Cuando llegues aquí, con Nevado, llámame, por Nevado, inmediatamente, antes de marchar a Campoamor.

Ven pronto:

Miguel

Rompe esta carta.